



Jornada Mundial del Enfermo 2011 y Manos Unidas

Memoria de Nuestra Sra. de Lourdes

Lecturas del día: Gen 3, 1- 8; Mc 7, 31-37.

La memoria litúrgica de la Virgen de Lourdes nos acerca el mensaje de “**rezar por la conversión de los pecadores**”, que fue transmitido a Bernardita Soubirous por la señora vestida de blanco que se identifica diciendo: **Yo soy la Inmaculada Concepción**. Con esta presentación, confirma la Virgen en el año 1858 la fe de la Iglesia sobre la Concepción Inmaculada de María, que había sido definida como dogma cuatro años antes, en 1854.

La Virgen Inmaculada, descendiente de Eva que ha aplastado la cabeza de la serpiente y nos ha abierto el acceso al árbol de la vida del paraíso, es decir, a su hijo Jesús, nos ha recordado la actualidad permanente del anuncio de la conversión con el que Jesús inició su predicación de la llegada del Reino de Dios.

El Reino de Dios ha llegado y está presente y actúa en medio de nosotros en la persona de Jesús, el Hijo de Dios, que conoce al Padre y lo da a conocer a los humildes y sencillos, a los pobres que tienen hambre y sed de justicia, a los enfermos que necesitan médico y anhelan ser curados, a los pecadores que imploran misericordia. Y esta presencia y misión de Jesús se hace realidad en la Iglesia.

Rezando y haciendo penitencia por la conversión de los pecadores, presupone la propia conversión, es decir, la apertura de los oídos y la boca por la palabra poderosa del Señor: “*effeta*”, esto es: “*ábrete*”. Y la acogida del Evangelio del Reino de Dios se expresa en el testimonio agradecido de quien proclama con asombro: “*Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos*”.

La conversión es la gracia de acoger el fruto permanente y siempre actual de la obra redentora de Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y ha derramado su sangre de la Nueva Alianza para el perdón de los pecados. La oración de la Iglesia por la conversión de los pecadores tiene su lugar más propio de realización eficaz en la celebración de la Eucaristía. En esta celebración, por tanto, estamos cumpliendo el encargo dejado a la Iglesia en Lourdes por la Virgen Inmaculada. Y de esta Eucaristía debe brotar el fruto de la conversión como solicitud amorosa por los enfermos y por los que padecen hambre.



En la memoria de la Santísima Virgen de Lourdes, la Iglesia propone cada año la Jornada Mundial del Enfermo, en esta ocasión con el lema: **“Por sus heridas habéis sido curados”** (1 Pe 2, 24).

Esta Jornada es propicia para reflexionar sobre el misterio del sufrimiento y para lograr que las comunidades cristianas y la sociedad civil sean más sensibles hacia los hermanos y hermanas enfermos. El que sufre enfermedad debe estar en el centro de nuestra atención, a fin de que no se sienta olvidado o marginado; de hecho, afirma el Papa en su Mensaje para esta Jornada, "la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana" (Carta Encíclica Spe Salvi, 38).

El lema de la Jornada nos invita a dirigir la mirada a Aquel que ha cargado sobre sí la pasión del hombre de todo tiempo y lugar, incluso nuestros sufrimientos, nuestras dificultades y nuestros pecados. El Hijo de Dios ha sufrido, ha muerto, pero ha resucitado, y precisamente por esto esas llagas son el signo de nuestra redención, del perdón y de la reconciliación con el Padre; pero también se han convertido en banco de pruebas para la fe de los discípulos y para nuestra fe. El sufrimiento permanece siempre cargado de misterio, difícil de aceptar y de sobrellevar.

En la experiencia del sufrimiento estamos llamados a dirigir los ojos y el corazón a la Cruz de Cristo para descubrir en ella expresión más grande de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. En la enfermedad podemos sentir la cercanía del amor del Crucificado y orar diciendo con San Ignacio de Loyola: “Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, cófrtame. Oh buen Jesús, escúchame. Dentro de tus llagas, escóndeme”.

Sólo el amor del corazón de Cristo abierto en la Cruz es capaz de liberar al mundo del mal y de hacer crecer el Reino de justicia, de paz y de amor, al cual todos aspiramos. Ver y encontrar a Jesús en la Eucaristía, muerto y resucitado, tiene que llevar a enfermos y a sanos a verle, encontrarle y servirle en los hermanos que sufren. En sus rostros sufrientes hemos de ver el rostro de Cristo.

En cumplimiento de su misión de acabar con la pobreza y el hambre en el mundo, Manos Unidas se propone en este año 2011 el objetivo de reducir la mortalidad infantil en niños menores de cinco años. Para ello es necesario que disminuya el nivel de pobreza, analfabetismo, desnutrición y enfermedad.

Manos Unidas nos provoca con estos datos estremecedores: Unos 29.000 niños menores de 5 años mueren todos los días por causas que se podrían evitar fácilmente. Se trata de 11 millones de muertes al año que tienen como causa principal la malnutrición. El sida es una de las enfermedades que más daños causa en la infancia, por la muerte temprana



de sus padres. El número de niños huérfanos por esta enfermedad se calcula que llegará a los 18 millones hacia el 2019. Un gran número de niños nacen ya con el virus del sida heredado de sus madres y mueren antes de los dos años. En el año 2006 murieron 800.000 niños menores de cinco años a causa de la malaria. Y dos millones de niños mueren al año por la contaminación del agua y la falta de higiene.

Esta dramática situación contrasta con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que reconoce el derecho de toda persona a un nivel de vida que garantice la salud y el bienestar (art. 25); y, en particular, reconoce a la maternidad y la infancia el derecho a cuidados y asistencia especiales. Por otra parte, la Declaración de los Derechos del Niño establece que "el niño gozará de una protección especial (...) para que pueda desarrollarse física, mental, moral, espiritual y socialmente de forma saludable" (art. 2)... "En todas las circunstancias, el niño debe figurar entre los primeros que reciban protección y socorro" (art. 8).

En la lucha contra la mortalidad infantil, Manos Unidas procura ayudar a disponer de agua potable y de saneamientos adecuados; y ofrece medios sencillos y eficaces de ayuda, tales como vacunas, antibióticos, suplementos alimenticios para niños desnutridos. También procura prevenir la mortalidad infantil mejorando la nutrición de las mujeres embarazadas, porque la supervivencia de un recién nacido depende en gran medida de la salud de su madre. Y, además, opta por la educación sanitaria de las madres, que reduce en gran medida la tasa de mortalidad de sus hijos.

Manos Unidas colabora en proyectos cuyo objetivo es formar al personal médico y sanitario para prevenir y evitar la muerte de la madre y del niño. Asimismo, financia la construcción de hospitales, laboratorios, escuelas de enfermería, clínicas móviles y viviendas para personal sanitario con el fin de garantizar la asistencia a las poblaciones rurales. Y promueve la colaboración de personas que basen su compromiso de acción en los principios de la doctrina social de la Iglesia, tales como:

- La apertura a la vida como centro del verdadero desarrollo.
- La familia, como derecho del niño y el mejor ámbito para la supervivencia y el desarrollo de su vida.
- La vocación de la madre y del padre a proteger y cuidar la vida del hijo desde el inicio de la gestación, nacimiento y desarrollo posterior.
- La obligación de los poderes públicos de proteger de forma especial a los más indefensos, en este caso a los niños, y su deber de adoptar las medidas oportunas para reducir la mortalidad infantil y garantizar la asistencia médica y sanitaria a los niños y a sus madres.

Manos Unidas nos recuerda a todos que somos responsables de los más débiles e indefensos, los niños, que son objeto de la predilección de Dios y están bajo su especial



Carlos López Hernández

protección. Nos lo exige nuestra fe y la propia conciencia moral, que nos sitúan ante la urgencia del mandamiento del amor. Por ello, nos exhorta a colaborar con ella en su misión de cuidar y promover la vida de los niños en condiciones de salud y educación integral, para el desarrollo pleno de su dignidad de hijos de Dios.

En la escucha creyente de la Palabra de la vida, con la luz del Espíritu, y en la comunión sacramental con la misma Palabra hecha Cuerpo de Cristo, se nos da la plenitud del conocimiento de Dios que los hijos podemos alcanzar en esta vida; y en comunión de vida y de amor con Cristo, alcanzamos el conocimiento del verdadero bien que colma nuestra vida de bienaventuranza y el conocimiento del mal que la destruye. Por ello, la Eucaristía es la fuente de donde brota nuestro amor solícito del cuidado de los enfermos y de su evangelización, así como la determinación de amar a los pobres como nosotros somos amados por Cristo y de darles el pan que Dios les ha reconocido como derecho. El amor que nace de la fe es la motivación más intensa y constante de la solicitud por los enfermos, del compromiso por la justicia y de la entrega de nuestros bienes a los necesitados.

Salamanca, 11 de febrero 2011